

## Los orígenes de las ferias del libro en México en el siglo XX

*Freja Ininna Cervantes Becerril*  
*UAM-Iztapalapa*

A partir de los trabajos de Gustavo Sorá y Alejandro Dujovne sobre el fenómeno de la traducción y el análisis de los mercados del libro en el ámbito de las ferias internacionales, me propongo observar, desde un enfoque histórico, el desarrollo de la producción del libro en México en relación con las políticas del estado en su proceso de internacionalización. En este sentido, el caso mexicano sobresale por la determinación con la que actúa la figura del estado editor que concentra un alto índice de la producción nacional del libro en convivencia, no siempre armónica, con una industria editorial. No obstante, esta problemática específica lejos de impedir un desarrollo creciente, logró articularse de manera exitosa en la consumación de una feria, como la FIL de Guadalajara, que al día de hoy es una de las más importantes del libro en español por volumen de negocio y a nivel continental en Hispanoamérica. Esta internacionalización del mercado mexicano a partir de su propia feria demanda entenderla en una doble dinámica, es decir, en sus representaciones internas y externas, históricas y contemporáneas, y en un periodo amplio de casi un siglo (1910-2000), en el que la literatura tiene una función principal en su aportación de capital simbólico prestigiando las prácticas comerciales de las ferias que antecedieron a la FIL de Guadalajara.

### *La celebración de los libros de casa*

En la primera mitad del siglo XX en México, las ferias del libro más significativas tuvieron lugar en la capital del país, y su aparición y centralismo se debió principalmente a las políticas educativas y culturales que el estado mexicano posrevolucionario implementó en su complejo proceso de estabilización política, después de la guerra civil. Este periodo conocido en la historia de la cultura en México como el *renacimiento mexicano* y que comprende de 1920 a 1940, por lo regular se centra en la influencia de una de las figuras más enigmáticas y seductoras entre los talentos que definieron el campo intelectual y artístico del momento: José

Vasconcelos, quien fuera rector de la Universidad Nacional de México (1918 a 1921), y primer fundador de la Secretaría de Educación Pública. Vasconcelos concibió en la difusión del libro su mayor estrategia de representación e implementación de su programa educativo y cultural<sup>1</sup>, impulsando sus políticas sociales a nivel nacional. Entre ellas se encontraba uno de sus objetivos principales para el desarrollo de la cultura en México: la alfabetización en lengua española en todo el país, además de la edificación de bibliotecas para las nuevas funciones de la educación pública y gratuita. Los detractores de Vasconcelos vieron en el núcleo de su proyecto su intención de masificar los bienes de la alta cultura, que para ese momento sólo se identificaban en los grupos de élite. La literatura, las artes plásticas y la música fueron los ámbitos en los que con mayor énfasis intervino el programa vasconcelista.

No obstante, el interés por la actividad editorial y el comercio librero de la ciudad de México inició, paradójicamente, con el estallido de la Revolución, intereses derivados también de la intensa producción periódica que desde el siglo independentista contribuyó a diseminar la imprenta y difundió la nota política de los tiempos convulsos, además de entretener con novelas de folletín y relatos policíacos a los lectores de los primeros años del XX. De ahí que algunos estudios más recientes sobre la edición en México<sup>2</sup> permiten observar y pensar en otros escenarios de la actividad editora en la llamada “década armada”, es decir de 1910 a 1920. Por ejemplo, para contestar a la pregunta de qué pudo impulsar la actividad editorial en una etapa de transición en la que la producción del libro alternó con el fuego cruzado y los fusilamientos en las plazas de la ciudad de México, habrá que considerar sumariamente al menos tres fenómenos. El primero de carácter regional, se debe al impulso editorial que vivieron las capitales hispanoamericanas, como Buenos Aires y Santiago, y que alienta la producción local hacia una industrial, con el fortalecimiento, en el caso mexicano de la industria papelera nacional y de las Artes Gráficas. El segundo apunta a un doble cerco bélico que impidió el comercio trasatlántico del libro y la distribución de las publicaciones importadas en la capital mexicana con la Gran Guerra y la Revolución, dos coyunturas que pese a su signo negativo, despertó el interés de los libreros, intelectuales y escritores cercanos a la educación preparatoria y universitaria, como Hermanos Porrúa, Botas y Editorial Cvltvra,

---

<sup>1</sup> Contenido en su *Proyecto de ley para la creación de una SEP Federal*, publicado en octubre de 1920.

<sup>2</sup> Véase Freja Cervantes y Pedro Valero, *La Colección Cvltvra y los fundamentos de la edición mexicana moderna*, México, Secretaría de Cultura/ Juan Pablos Editor, 2016.

en su labor de proveer los libros que escaseaban en el mercado local. Finalmente, el tercer fenómeno de carácter demográfico incidió en una subversión y ampliación de la sociedad mexicana que provocó una masificación de la educación con el crecimiento de la matrícula estudiantil como programa gubernamental en el gobierno de Venustiano Carranza.

De los proyectos editoriales de la década armada que emprendieron los intelectuales y artistas, surgieron los nuevos agentes de la profesionalización de la edición y de los estudios literarios, fueron al mismo tiempo profesores, autores, editores y fundadores de instituciones de los años veinte a los cuarenta, en una continuidad generacional de los modernistas a los contemporáneos que describe el relevo del poder cultural con la ocupación de cargos y funciones públicas en los departamentos y oficinas editoriales, como Julio Torri, Agustín Loera y Chávez, Antonio Castro Leal, José Gorostiza, Daniel Cosío Villegas, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Alfonso Reyes, entre otros; además de los artistas gráficos que dieron identidad a la producción editorial mexicana como Julio Ruelas, Dr. Atl, Saturnino Herrán, Roberto Montenegro, Jorge Enciso, Diego Rivera, Francisco Díaz de León y Gabriel Fernández Ledezma; todos ellos artistas formados en la Academia de San Carlos y algunos con estancias en Europa. Un contingente que acompañó en todo momento y en la mayoría de sus empresas editoriales a José Vasconcelos como primer secretario de Educación Pública.

En la tercera década del siglo, el editor Vasconcelos persiguió la multiplicación de los libros a partir de tres acciones estratégicas que se tradujeron en políticas culturales: la primera fue impulsar y fomentar la edición nacional mediante subsidios y patrocinio; la segunda, estimular la negociación contractual con las casas editoras españolas para disminuir el costo de los libros y alcanzar un radio mayor de distribución en los estados federativos; y la tercera, desde una red programática de bibliotecas públicas incentivar la producción industrial del aparato estatal. Bajo estos tres ejes se fundamentó la política editorial del estado mexicano y representan, en la actualidad, los tres principios rectores que históricamente han conducido la producción del estado editor desde sus instituciones culturales y educativas. Así, José Vasconcelos diseñó colecciones, revistas, manuales y materiales impresos que debían ser los vehículos aliados de su proyecto a través de la creación del Departamento Editorial, dirigido por el escritor Julio Torri, y con la posesión de los Talleres Gráficos de la Nación que, por

decreto del presidente Álvaro Obregón, en 1921 pasaron a depender y servir a la Universidad Nacional. Lo anterior le permitió a Vasconcelos asegurarse de los talleres para construir con la producción de los libros las bibliotecas públicas y otorgar los materiales didácticos a alumnos y maestros con la planeación y diseño de los libros de texto, así como de los libros escolares gratuitos.

La aparición del libro gratuito en el horizonte editorial significó la culminación del programa vasconcelista y dio lugar a la primera Feria Nacional del Libro en la ciudad de México, del 1 al 10 noviembre de 1924, bajo los auspicios del Departamento de Bibliotecas, dirigido por Jaime Torres Bodet,<sup>3</sup> de la Secretaría de Educación Pública en colaboración con el Departamento del Distrito Federal, y tuvo su sede en el Palacio de Minería.<sup>4</sup> Para ello se convocó a concursar a librereros e impresores industriales, quienes lanzaron un acalorado debate contra la política editorial del estado posrevolucionario, ya que la gratuidad del libro de texto iba en contra de sus intereses comerciales más genuinos, además de que dicha política atentaba contra el desarrollo de la industria editorial mexicana y la subsumía a una dependencia inevitable al estado. A casi un siglo de distancia, esta discusión continúa en los discursos y preocupaciones que manifiestan los presidentes de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM), en los foros a los que asisten, como representantes de las empresas transnacionales del libro de texto comercial.

Esta primera polémica empresarial y estatal de 1924, se puede seguir a través de la lectura de la revista *Artes Gráficas*, que el impresor granadino Manuel León Sánchez dirigía y publicaba, como presidente de la Asociación de Industriales de las Artes Gráficas en México, fue el empresario que más combatió la lucha de la Unión de Obreros del mismo ramo por sus derechos laborales. León Sánchez fue un impresor vecindado en la ciudad de México que erigió su fortuna gracias a los favores y privilegios del dictador Díaz en la última década del XIX. En su revista, el impresor español atribuyó a su sector el proyecto inicial y el papel destacado de los impresores en la feria de 1924 al afirmar que “Ferias hasta ahora no ha

---

<sup>3</sup> Billy Cowart, *La obra educativa de Torres Bodet*, México, El Colegio de México, 1966, p. 53; *Boletín de la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos*, 1(1), 1924; Guadalupe Quintana Pali, “Las relaciones del Departamento de bibliotecas y la creación de la Biblioteca Iberoamericana de la ciudad de México”, en *Las bibliotecas públicas de México: 1910-1940*, México, SEP/DGB, 1988, pp. 236-237; Heliodoro Valle, “La Feria”, en *El libro y el Pueblo*, México, 2 (7-9), 1924, pp. 148-149.

<sup>4</sup> Según Camilo Ayala fue la primera feria del libro en México y Latinoamérica.

habido más que una, la del Libro, cuyo éxito se debió a los industriales de las Artes Gráficas, lo demás han sido caricaturas ridículas.”<sup>5</sup> A esta feria acudieron las editoriales American Writing Paper, Compañía Nacional Editora Águilas, Cultura, El Libro Francés, la Federación Nacional de Artes Gráficas, Herrera Hermanos, Enrique Zúñiga, Otto Bettinger, Santiago Galas, la Imprenta de Manuel León Sánchez y la del Museo Nacional, así como los Talleres Gráficos de la Nación y la Universidad Nacional de México, entre otras editoriales alguna ya desaparecidas.<sup>6</sup>

Esta primera Feria del Libro de 1924 incluyó una exposición de libros antiguos mexicanos del siglo XVI con la curaduría de bibliotecarios de la Biblioteca Nacional, acompañada por una serie de conferencias sobre la historia del libro en México. En torno a esta feria se pueden apreciar las primeras sociedades y asociaciones entre los diferentes gremios que aspiraban con iniciativas definidas a consolidar una industria del libro, ya reclamando apoyos financieros gubernamentales, ya exigiendo la vigilancia del Estado sobre el contrabando del libro y el pago de impuestos aduanales por la importación de publicaciones provenientes del extranjero, la regulación y subsidio fiscal de la producción, la manifestación de tensiones en las relaciones laborales entre patronos y obreros de las Artes Gráficas;<sup>7</sup> además de la planeación y programación de ferias del libro. La aparición de manuales e impresos especializados sobre el sector refieren también la constante profesionalización y la actualización tecnológica del gremio, en ellos se anunciaban y publicitaban profesionales que proveían y capacitaban a la industria de las Artes Gráficas, como linotipistas, técnicos de prensa, papeleros, tipógrafos, cajistas, etc., además de las publicaciones bibliográficas impulsadas por libreros, bibliotecarios y editores sobre el libro antiguo mexicano y la imprenta en México.

---

<sup>5</sup> Véase “La Feria del Libro y sus caricaturas”, en *Las Artes Gráficas en México*, Año I, núm. 2, pp. 7-8.

<sup>6</sup> Véase Estela Morales Campos, “Los universitarios y la cultura impresa”, en Carlos Martínez Assad y Alicia Ziccardi (coords.) *El barrio universitario de la Revolución a la Autonomía*, México, 2014, pp. 187-203.

<sup>7</sup> En 1926 apareció un par de notas editoriales contra los impresores semiclandestinos y clandestinos en la revista quincenal especializada en Artes Gráficas; ésta refiere varios temas que el gremio ya discutía como vitales para el desarrollo de una industria, entre ellos el de tabular sueldos e impuestos a obreros y empresarios desde el gobierno, la competencia internacional, específicamente con Estados Unidos, a partir de la actualización tecnológica y la capacitación profesional, además del problema arancelario de las importaciones (Cfr. “De vida o muerte: Sin la adopción de una Tarifa Standard, obligatoria para todos los industriales de Artes Gráficas, es inevitable la ruina para los patronos y obreros honrados” y “Problema de ética: Para suprimir el trabajo a destajo se imponen los mínimos de producción”, en *Las Artes Gráficas en México*, Año II, núm. 8, pp. 3-8.

### *Una feria incumplida, sueño de una feria hecha realidad*

Un año después de la Feria Nacional del Libro en la ciudad de México, la ciudad de Guadalajara planeaba realizar su primera feria. La noticia fue publicada en el diario *El Informador*, de la misma ciudad, y se anunciaba su apertura para el día 12 de noviembre, natalicio de la monja jerónima Sor Juana Inés de la Cruz. La feria contaba con el apoyo de la Universidad de Guadalajara y del entonces gobernador del estado, José Guadalupe Zuno Hernández (1924-1926), así como de la Escuela Politécnica y la Cámara de Comercio. En la nota se informaba sobre los objetivos de la feria, el más importante de ellos sería la difusión de los libros, con la intención de ofrecer al público la venta de los materiales didácticos a precios muy accesibles y fomentar el crecimiento de un mercado diverso del libro.

*El Informador* le dio continuidad a la noticia en otras ocasiones; así el 18 de noviembre se comentaba que el anuncio de la feria estaba despertando gran interés en el público y que se inauguraría en los primeros días de diciembre. Pero, el 1 de diciembre, el diario advertía que el inicio de la feria se había pospuesto para el 10 de enero del siguiente año sin explicar la causa. Así, el 1 de enero de 1926, se informaba al público lector que la feria se aplazaría indefinidamente debido, según la versión oficial, a motivos ajenos a la función pública, deslindándose de cualquier situación burocrática u organizativa, y atribuyendo el problema al mal clima de la ciudad tapatía. En los meses siguientes no hubo noticia alguna relativa a la feria, por lo que muy probablemente ésta nunca se llevó a cabo. Este intento que podría verse como una suerte de antecedente temprano de la actual Feria Internacional del Libro (FIL Guadalajara) remite, no obstante, al interés de las autoridades estatales y educativas, en especial de las universidades, por la difusión del libro y la cultura abriendo la posibilidad a la creación de públicos y al estímulo del comercio librero.

### *El camino de los libros allende las fronteras*

Las siguientes ferias del libro en la ciudad de México, convocadas por las autoridades del Departamento del Distrito Federal y de la Dirección de Acción Social, se realizaron casi dos

décadas después, a iniciativa del librero y bibliotecario Francisco Gamoneda, quien en colaboración con el funcionario Carlos A. Madrazo planearon las actividades para realizarlas, la primera en abril de 1942, y la tercera llamada Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo, la cual tuvo sede en la Avenida del Ejido y la Plaza de la República en mayo de 1943. El diseño de la maquetación de la feria, el cartel y la portada que la distinguió estuvo a cargo del artista español José Renau, recientemente exiliado en México. La distancia temporal entre la feria de 1924 y 1942 podría indicar que los grupos culturales, académicos y editoriales del libro no necesariamente correspondían con los grandes intereses de los empresarios industriales de las Artes Gráficas vinculados al poder político y económico. No obstante, entre la primera feria de 1924 y las posteriores de los años cuarenta se registran cambios sustantivos en el espacio simbólico y comercial de las ferias en su escalada nacional, como iniciativas ideales para la difusión y venta de la producción del libro en México. La cada vez mayor complejidad de los eventos arrojan un crecimiento de la oferta cultural que acompañan a las actividades comerciales de las ferias del periodo. Por ejemplo a la feria de 1943 acudieron entre 12 y 15 mil personas diarias de “todas las clase sociales”. La venta superó los 300 mil volúmenes, produciendo una entrada líquida de más de medio millón de pesos. Además, nuevas alianzas y colaboraciones entre asociaciones e instituciones culturales con la industria del libro. “El pueblo en masa, precipitándose, lleno de fervor y curiosidad, sobre libros y periódicos, así como a oír conferencias y presenciar exhibiciones, fue una agradable y jubilosa sorpresa llena de promesas para el futuro”.<sup>8</sup>, según recuerda el bibliotecario Juan Vicens.

Además del testimonio bibliotecario, la crítica periodística de la época en voz de los jóvenes escritores, como Efraín Huerta y José Revueltas desde sus columnas anónimas, “El hombre de la esquina” y “La marea de los días” respectivamente en el periódico *Popular*, registran las tensiones y pugnas de las nuevas generaciones de escritores que luchaban por conseguir espacios de oportunidad y legitimación en el campo literario vinculado con el poder de las editoriales cuyos catálogos lograban proyectar y representar a los autores del canon literario nacional, como EDIAPSA, dirigida por el escritor Martín Luis Guzmán y el editor y librero español Rafael Giménez Siles.

---

<sup>8</sup> Juan Vicens, “Las bibliotecas populares del Departamento del Distrito federal”, en Homenaje a don Francisco Gamoneda, México, Imprenta Universitaria, 1946.

En estas emisiones posteriores, la colaboración de libreros y bibliotecarios con editores y escritores fue determinante para prestigiar y legitimar desde las instituciones académicas y culturales exposiciones bibliográficas que remitían al estudio de la historia de la imprenta en México, capitalizando el valor simbólico de una cultura del libro nacional que extendió su línea de tiempo con los códices prehispánicos, continuó con los impresos coloniales, las publicaciones del primer nacionalismo independentista y alcanzaba el apogeo del nacionalismo postrevolucionario.

La Tercera Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo se llevó a cabo en 1945 por iniciativa de la Cámara Mexicana del Libro y la Asociación Mexicana de Libreros y Editores. Esta emisión continuó incrementando su capacidad de asistencia y destacó por el volumen de exhibición de la producción nacional de libros, además de la exposición de revistas, agencias federales y de educación, radio y promoción de películas. La singularidad de esta feria se debió también a la entrega del Premio “Manuel Ávila Camacho” creado por la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos el año anterior para premiar al escritor Alfonso Reyes, y que en esa ocasión lo recibió el poeta Enrique González Martínez.

A partir de la década de los cuarenta las ferias del libro en la ciudad de México se incrementaron y diversificaron de forma paulatina, en 1947 apareció la primera Feria del Libro Universitario a la que se incorporaron las representaciones de algunos estados de la República, impulsada por Jaime Torres Bodet en su segundo periodo como secretario de Educación Pública. En 1949, La Feria Nacional del Libro registró un margen de participación empresarial nunca antes experimentado, así como las actividades culturales esperadas por el público, en el marco de la celebración del IV centenario de la imprenta en México, en el que se observó una intensa actividad académica y cultural, con una exhibición de los tesoros de la Biblioteca Nacional que pese a los elogios oficiales, despertó una preocupación por los materiales bibliográficos desaparecidos y vueltos a encontrar en las bibliotecas universitarias de Estados Unidos, a las que se tuvo que solicitar permisos para reproducir fragmentos de algunos ejemplares.

La inercia de las ferias del libro en los años cincuenta (1954, 1956) alcanzó a las instituciones educativas y culturales de los estados de la República mexicana, que buscaron desde las universidades estimular la producción de los libros a nivel local y la actividad cultural

de las regiones, como una primera política cultural de descentralización estatal. Asimismo, el interés por el diseño y la estética de las ferias, los locales y establecimientos que dieron imagen a la programación de actividades culturales e identidad visual a su realización fueron cobrando mayor interés en los profesionales del libro y en la sociedad en general; un ejemplo fue la feria de 1960 instalada en La Ciudadela elogiada por la recepción del momento.

Finalmente, la celebración de la Exposición Editorial del Continente Americano, realizada en la ciudad de México del 31 de mayo al 7 de junio de 1964, representó un foro de carácter internacional por el número de participantes y conferencias que se ofrecieron en torno a la producción de libros a nivel continental. Una reseña de la época informa que:

Los señores Abelardo Fábregas y Carlos Noriega, a mediados de 1963, en su calidad (entonces) de presidente y tesorero de la Sección de Editores de Libros de la Cámara de la Industria de la Transformación de México, celebraron un convenio entre dicha sección de Editores de Libros y la agencia oficial que en México tiene establecida la Alianza para el Progreso, con la finalidad de organizar anualmente una feria del libro y de la industria editorial que a semejanza de otras exposiciones análogas, como la de Frankfurt, Londres, Tokio, etcétera, tuviera como propósito fundamental el exponer al conocimiento público, y principalmente al de todos los interesados en el orden de la cultura, los indudables progresos alcanzados por la industria editorial de todo el Continente, desde el Canadá hasta la Patagonia.<sup>9</sup>

La Exposición Editorial del Continente Americano, A. C. contaba a través de la triple representación que le otorgaban la Sección de Editores de Libros de la CNIT, el Instituto Mexicano del Libro, y la Asociación Mexicana de la Industria Editorial, con la colaboración de la industria editorial de México, y dispuso de una donación económica considerable de la Alianza para el Progreso, por intermedio de sus oficinas en México. La exposición acogió a editores y libreros de habla española y a compañías editoras de habla inglesa. Durante los días de la exposición se discutieron y reflexionaron temas relacionados con la producción y comercio del libro, algunas de los participantes habían asistido al Congreso Iberoamericano de Cámaras y Asociaciones del Libro, una semana antes de la exposición. El

---

<sup>9</sup> Tomado de la revista *Horizontes*, 1964.

librero y editor Julio Saenz Saínz se distinguió como organizador de esta primera exposición y Juan Sapiña coordinó la segunda exposición, ambas emisiones se distinguieron por la presencia y dirección de los editores nacionales congregados en torno a la recién formada Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. Durante la presidencia de Ángel González Avelar, al frente de la Cámara Nacional de la Industria Editorial, se organizó y llevó a cabo la Primera Feria Metropolitana del Libro en 1972, como antecedente de la actual Feria del Zócalo a cargo del gobierno de la ciudad de México.

A finales de los años setenta y principios de la siguiente década, los editores nacionales agrupados en la CANIEM llevaron a cabo en colaboración con instituciones estatales diversos programas y políticas para el fomento de la lectura. Así en 1979, Ángel González Avelar como presidente de la Cámara, realizó el Primer Festival Mundial de la Lectura, para impulsar el programa del Día Nacional del Libro, Instituido por decreto presidencial para celebrarse cada 12 de noviembre, y que en la actualidad continúa siendo una fecha conmemorativa para la industria, en la que se reúnen los editores para distinguir a sus agremiados premiando las ediciones anuales en sus diferentes géneros editoriales y con ello a los autores.

### *Consideraciones finales*

En este primer acercamiento al fenómeno cultural y comercial de las ferias del libro en México en el siglo XX se puede concluir como un rasgo distintivo la influencia rectora del estado editor en el desarrollo de la industria editorial mexicana. Los programas educativos y culturales emprendidos por el fundador de la Secretaría de Educación Pública, José Vasconcelos, fortalecieron un estado editor que de forma contradictoria sostuvo y sostiene aún la producción del libro (como cliente siempre fue muy atractivo para el sector comercial), pero los supeditaba en el control de los programas y políticas editoriales; y al final el estado como competidor resulta invencible.

La sutil política estatal de subvención y patrocinio a gran escala mediante la coedición o edición por encargo a la medida de las políticas gubernamentales del estado mexicano a lo largo del siglo XX, desalentaron cualquier inercia de oposición autoregulándose en apego al aparato de control de la producción editorial. La concentración estatal en los programas de educación pública obligaron desde entonces a los empresarios editores a seguir los

lineamientos y criterios que establece respecto de los contenidos y materias que se deciden proyectar en la educación en el aula, así como en la instrucción del magisterio.

Por otra parte, los intereses y los tiempos de la edición y del editor oficial instauran dinámicas de producción en las que la inversión y la venta de libros no la determinan en primer instancia, sino la lógica del gasto público mediante el otorgamiento del presupuesto estatal para dichas tareas. En este sentido, el presupuesto del estado no sólo está destinado a cubrir las partidas presupuestales de las instituciones públicas con departamentos editoriales, sino también, como en el periodo del *renacimiento mexicano* a estimular iniciativas culturales emanadas del sector privado, como las ferias del libro, cuya dependencia al estado editor definen sustancialmente la proyección e identidad de la mismas.

Finalmente, las instituciones que albergaron y aún sostienen la aparición, continuidad y proyección de las más variadas ferias del libro desde su dimensión local a la internacional son las universidades públicas. En ellas se han concentrado los valores culturales que auspician y legitiman el comercio del libro en toda su diversidad en México, aunque la edición universitaria es por sí sola un capítulo aparte. De la Feria del Libro de 1924 impulsada por la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, bajo los auspicios de la Universidad de Gaudalajara en 1986, la figura del estado editor continúa siendo el anfitrión de la casa. De ahí que, a manera de una primera conclusión, se pueda afirmar que la internacionalización de los libros producidos en México ha sido una política recurrente del estado que no necesariamente estuvo dirigida al desarrollo de una industria editorial a inicios del siglo XX, sino que fue de manera indirecta un vehículo de representación nacional para alcanzar otros fines.